Grandes figuras de nuestra Historia

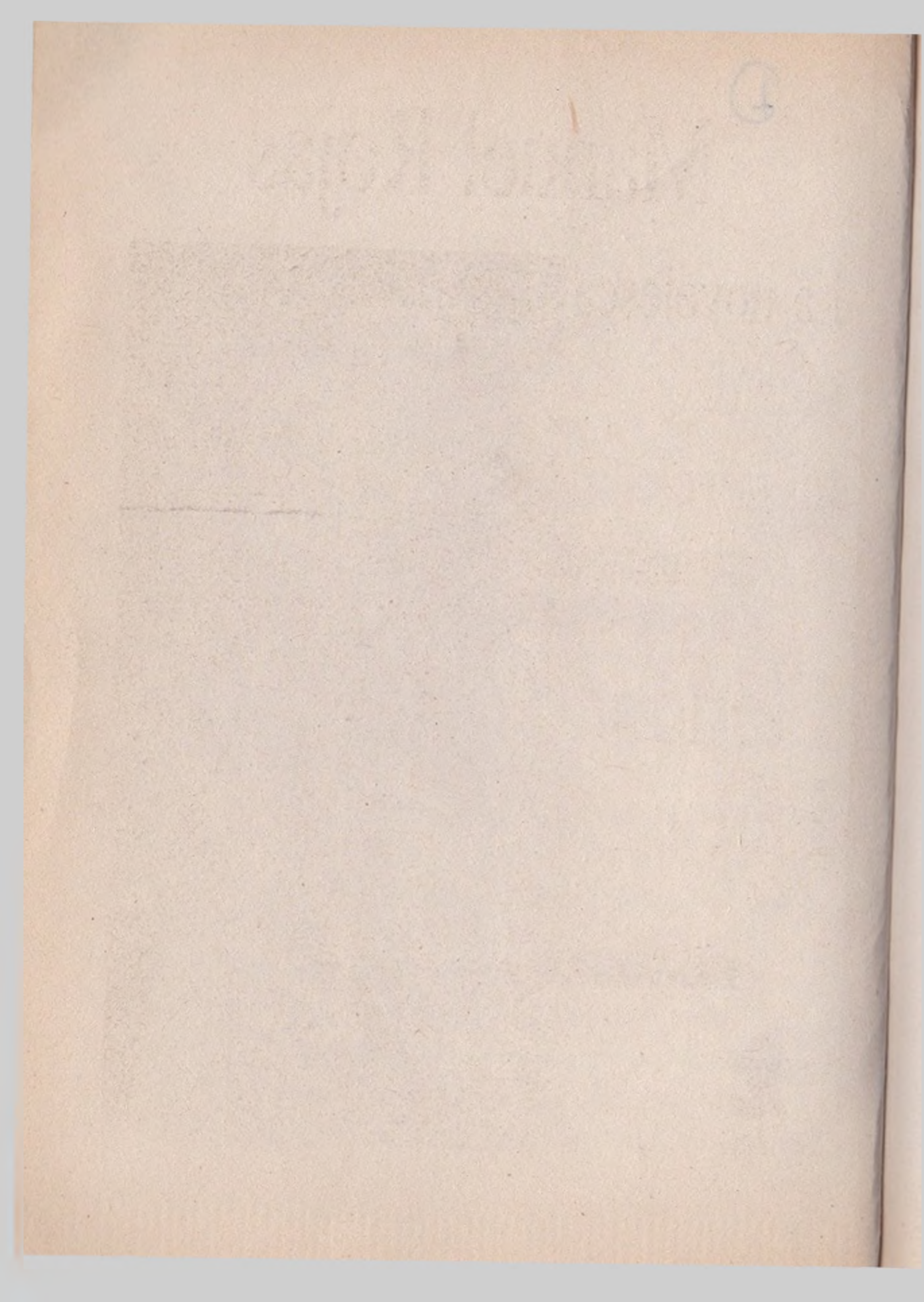
Manuel Rojas

La novelesca vida de un novelista

Floridor Pérez







Daniela Molina Vega

Manuel Rojas

La novelesca vida de un novelista

Floridor Pérez



I.S.B.N.: 956-12-0957-8.
1ª edición: Octubre de 1994.

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Avda. Ricardo Lyon 1097. Casilla 84-D.
Teléfono 2047714. Fax 2235766.
Santiago de Chile.

Impreso en Cochrane. Antonio Escobar Williams 590.
Santiago de Chile.

ÍNDICE

ESTO PODRÍA SER UN CUENTO,
PERO ES UN PRÓLOGO 7
I NADIE ELIGE EL LUGAR
DE SU NACIMIENTO 15
Una familia 15
Chile, por primera vez 16
La viuda y el huérfano 19
II TODA SU VIDA ESCOLAR 25
Primeros trabajos 31
Su encuentro con el libro 33
Adiós, infancia 34
III NO TENÍAMOS PARIENTE CONOCIDO
EN NINGÚN LUGAR DEL MUNDO 37
Electricista y pintor 38
El primer amigo 39
Adolescencia: epílogo 40
El cruce de los Andes 44

IV POR ESOS AÑOS COMENCÉ A ESCRIBIR 47
Valparaíso y el mar aparecieron 48
Cuidador de faluchos 49
El teatro terminó por arrastrarme 52
Allí empezó mi carrera de prosista 53
V LA LITERATURA:
VIVIENDO CON SUS PERSONAJES 59
En el periodismo 60
Alegrías y tristezas: dos mujeres 62
Paréntesis con *un vaso de leche* 67
VI 1 VIUDO + 3 HUÉRFANOS = 1 FAMILIA 69
Plebiscito matrimonial 73
Sus primeras novelas 74
VII *HIJO DE LADRÓN:*
LA CONSAGRACIÓN LITERARIA 77
El novelista en su taller 78
Un exitoso fracaso 80
VIII 1957: EL PREMIO NACIONAL
DE LITERATURA 83
Regreso a casa 84
Viaje final 86
Sus cenizas han echado raíces 87
BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL 89

ESTO PODRÍA SER UN CUENTO, PERO ES UN PRÓLOGO

Pasé la mitad de mi vida en campos y aldeas del sur, del centro o del norte de Chile, pero hace algún tiempo fui invitado a Europa. Se trataba de recorrer Suecia visitando colegios con alumnos hispanohablantes. Es decir, niños y adolescentes originarios de nuestra América —la mayoría chilenos— que estudiaban en sueco en su escuela y jugaban en sueco en la vereda, pero que en sus casas hablaban en castellano.

Como debía firmar un contrato, antes de aceptar la invitación, pregunté:

—¿Y cuál será mi trabajo?

—¡Hablar!

Hasta entonces algunas veces me habían pagado por escribir, pero nunca por hablar.

—¿Sobre qué debía hablar? —Nadie me lo dijo.

Cierto es que yo me había pasado la vida hablando con niños y adolescentes, pero una cosa es hacerlo en Curanilahue o en Combarbalá, en El Salvador o en Chaitén, y otra cosa es hablar en Estocolmo o en Gotemburgo, por nombrar lugares fáciles de pronunciar.

Le di muchas vueltas al asunto, hice varios proyectos. Todo lo tenía perfectamente claro, hasta el momento en que estuve frente al primer grupo. No era un curso, sino alumnos de distintas escuelas, de diferentes edades, entre nueve y quince años, reunidos sólo para escucharme, en una de esas hermosas Bibliotecas Comunales de Suecia.

¿Qué hacer? ¿De qué hablarles? Lo que pudiera decir para entretener a los de nueve años aburriría a los de quince; y lo que interesara a los de quince haría bostezar a los de nueve.

Entonces me pasó algo que sólo me había ocurrido una vez, cuando niño, en un examen de matemática: estaba frente al pizarrón negro, pero todo lo veía en blanco. Sólo que ahora la moderna sala era blanca y yo lo veía todo negro.

Sólo que ahora me habían traído desde el otro extremo del mundo, y no podía reprobar esta prueba.

Mirando esas caritas blancas o morenas, mirado por ojos azules o negrísimos, olvidé toda mi char-

la preparada, y comencé a contar la historia de un niño chileno (como muchos de los presentes), que se había criado en un país extranjero (como muchos de los presentes), solito con su madre (como muchos de los presentes).

Por las noches, la madre le narraba leyendas del Maule, donde había nacido, y después de contarle historias se ponían a contar monedas: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve...y muchas veces no llegaron a los diez centavos que necesitaban para comprar el pan del desayuno de la mañana siguiente.

Alguna vez doña Dorotea —así se llamaba esa madre— fue citada a la escuela, porque Manuel —así se llamaba ese niño— había estado jugando a la pelota en la hora de catecismo, o cosas por el estilo. Pero una vez fue distinto: la invitaron a un "Concurso de composición oral", una especie de "campeonato de redacción".

Los alumnos se ubicaban al centro del patio, como en una cancha de fútbol, y los padres, a los lados, como espectadores en las galerías. Al frente, como árbitro, el profesor daba una palabra, y los niños debían inventar una oración gramatical con ella.

Por ejemplo, si el profesor decía "*lápiz*", alguno diría: "Mi hermano menor perdió su lápiz..." El concur-

so siguió así, algo fome, hasta que el profesor, indicando a Manuelito, dijo: "*¡corazón.!*" El niño respondió de inmediato:

—"Yo guardo en mi corazón las últimas palabras que dijo mi padre al morir..."

Percibí algún suspiro en la sala. Algunos ojitos me miraron brillantes. Para bajar la tensión emocional, continué, con tono algo copuchento:

—Hubo aplausos, felicitaciones de los padres al profesor del curso, del profesor al niño, de todos a la madre.

Terminado el concurso, Manuel y doña Dorotea volvieron de la mano a casa.

—¿Y qué creen ustedes que le diría ella? —pregunté.

Varios de mis oyentes intentaron adivinar: "Qué bien, Manuelito". "Te felicito." "Te luciste." "Estoy orgullosa de ti..."

—No. Nada de eso. Sólo le dijo: "¡Eres un mentiroso: nunca viste morir a tu padre...!"

Ahora percibí en la sala un murmullo de desaprobación.

Supe que mi historia había llegado. ¿Pero adónde quería llegar yo? Aún no lo sabía.

Por suerte una voz infantil preguntó, con sospecha:

—¿Eso es un cuento?

—¡No, es la pura verdad!

—¿Y qué fue de ese niño?

— Ese niño —respondí— fue Manuel Rojas, y llegó a ser uno de los grandes escritores de Chile y de nuestra América. Casualmente anda conmigo —agregué, desplegando en la muralla un retrato de cuerpo entero—. Lo traje porque su obra es un orgullo para el idioma español, y su vida es una lección de humanidad. Y creo que la pequeña anécdota que les he contado puede enseñarles dos cosas:

1. Que cuando ustedes se propongan realizar un proyecto, en la técnica, en la ciencia, en el arte, en el deporte, no anden esperando el aplauso ni se desanimen ante un rechazo. Porque puede haber gente que, como la madre de Manuelito, aunque los quieran no estén preparados para comprenderlos.

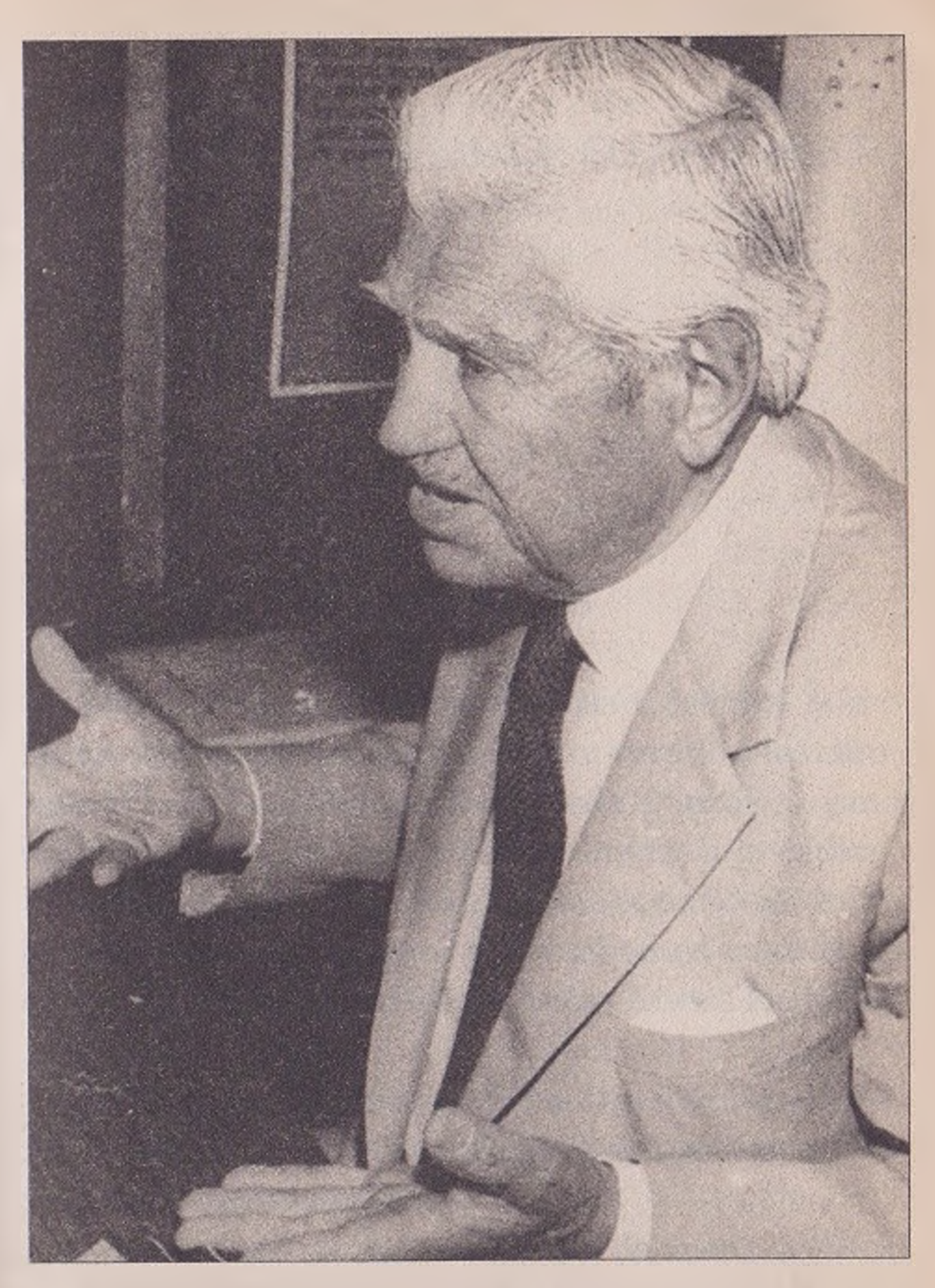
2. Y, lo más importante, enseña que si de veras anhelan algo, si de todo corazón quieren llegar a ser algo, lo conseguirán. No habrá ningún obstáculo que pueda vencerlos, no habrá ninguna dificultad que no puedan vencer. Eso enseña la esforzada vida de este gran escritor de nuestra América.

Y esta vida es la que el lector conocerá en las páginas que siguen. Si algunas veces lo entristece, no es culpa mía; si otras veces lo divierte, no es gracia mía.

Y aunque algunas veces le parezca cuento, no dude que es la pura verdad.

Lo que pasa es que he dejado correr libremente frente a él la novelesca vida de un novelista. Y de un hombre ejemplar.

Floridor Pérez



Manuel Rojas en 1972.

I

NADIE ELIGE EL LUGAR DE SU NACIMIENTO

Una familia

No sabemos si Manuel Rojas Córdoba, como tantos santiaguinos, fue a pasar un verano a los campos de Talca, o si Dorotea Sepúlveda González, como tantas sureñas, se vino a probar suerte a la capital. El hecho es que Manuel y Dorotea se conocieron, se enamoraron, se casaron, y no sabemos cuándo ni cómo cruzaron la Cordillera de los Andes hacia Argentina.

Todo lo que sabemos es que se instalaron en el número 1678 de la calle Combate de los Pozos, en un barrio al sur de Buenos Aires.

Allí les nació su único hijo, el 8 de enero de 1896. Lo llamaron Manuel.

Sesenta y cuatro años más tarde, ya convertido en un famoso escritor chileno —Premio Nacional de Literatura—, visitó esa casa. Hubo reportajes de prensa y televisión. En esa y otras ocasiones, no faltó un periodista o un curioso que le preguntara:

—Si usted es un escritor chileno, ¿por qué nació en Buenos Aires, República Argentina?

Y Manuel Rojas tuvo siempre la misma respuesta:

— "¡Nadie elige el lugar de su nacimiento...!"

Chile, por primera vez

La llegada del año 1900 fue algo muy especial en todas partes: comenzaba el siglo XX. Por ese tiempo se viene a Chile el matrimonio Rojas-Sepúlveda. Habían partido dos, regresaban tres. Nadie podría negarles que salieron ganando en ese viaje.

Traían algunos ahorros y se instalaron con un almacén en la esquina de Coquimbo con Nataniel, a unas cuadras del Parque Cousiño.

Si algo pudo parecer atractivo en un almacén de entonces para un niño de cuatro o cinco años, serían los frascos de caramelos con sabores de menta, limón o naranja. Pero Manuel debió tener desde pequeño un sentido poco práctico o artístico de la

vida, porque lo único que llamó su atención fue un saco lleno de bolitas de vidrio. No las pedía ni las sacaba para jugar con otros niños en la vereda: sólo se entretenía tomándolas a puñados y vaciándolas lentamente hacia el saco. Esa catarata de luz y sonido era su juego.

La verdadera diversión estaba puertas afuera, y era cuestión de tomar palco en la vereda, mirando el espectáculo del barrio. Allí conoció personajes inolvidables, como un indio fueguino que vestía un descolorido uniforme militar dado de baja, y que al anochecer sobresaltaba al vecindario con un alarido descomunal. Otro era don Santos Yegua, un salteador que tenía un solo brazo, con el que era capaz de pelear contra varios hombres a la vez.

Si a Santos Yegua le faltaba un brazo, a El Cojo Candia le faltaba una pierna. Y si a don Santos le bastaba ese brazo para cometer sus fechorías, a Candia le bastaba esa pierna para ganarse honradamente la vida en su coche de pasajeros tirado por una pareja de caballos.

En ese coche, invitado por El Cojo y con permiso de su mamá, el pequeño Manuel hizo sus primeros recorridos por la ciudad, aventurándose hasta la Alameda de las Delicias, donde la calle Nataniel desemboca frente al palacio de la Moneda.

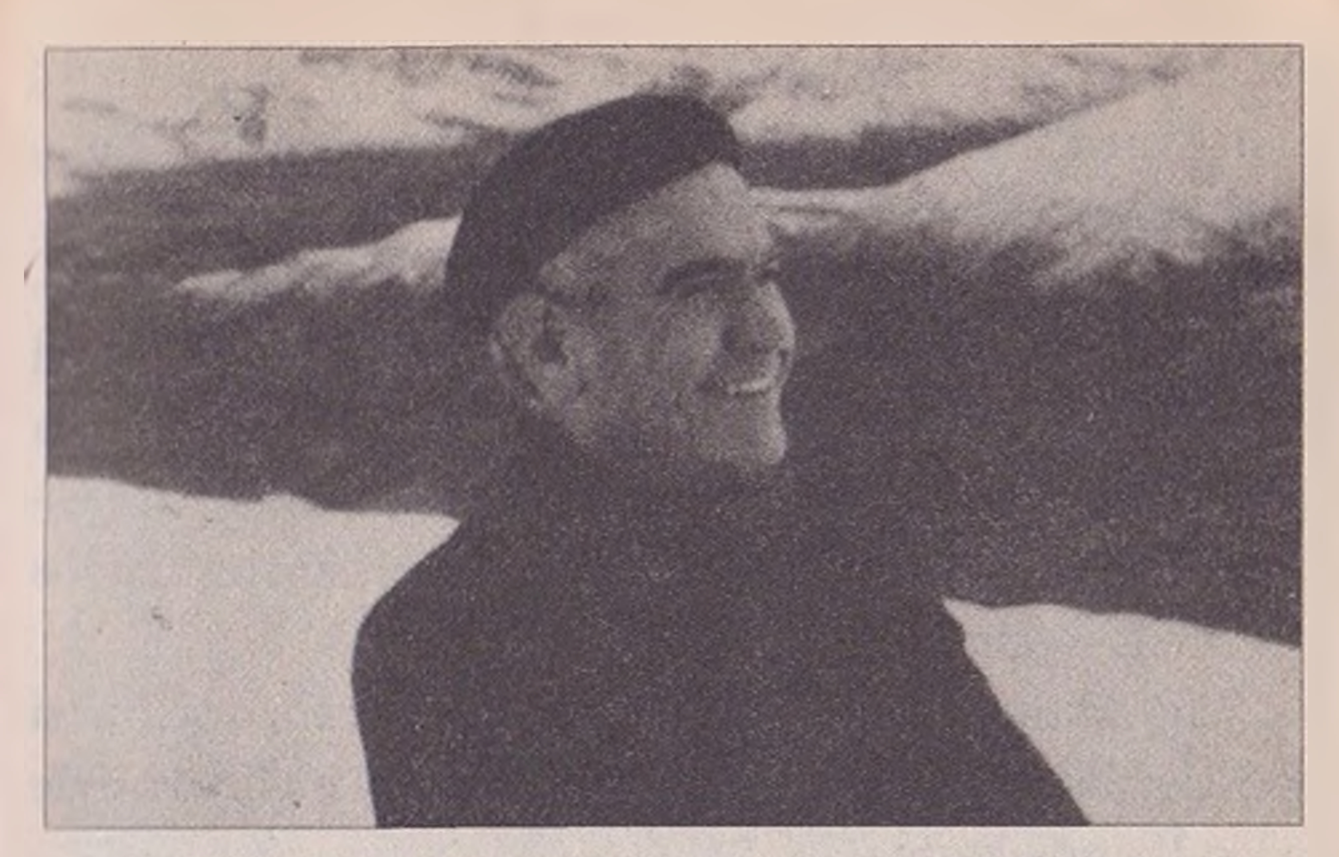
—Ahí vive el Presidente de la República —le explicaba El Cojo, y el niño se acomodaba en el asiento de cuero del coche, pierna arriba, pensando si la gente lo confundiría con un ministro.

Algún tiempo después, ya sin almacén, se trasladaron varias cuadras hacia el centro. Frente a la nueva casa pasaba una línea de los tranvías de entonces, tirados por caballos.

En uno de esos tranvías, sin invitación del cobrador ni permiso de su madre, Manuel quiso viajar gratis y se colgó de un pescante. Con tan mala suerte que, cuando quiso soltarse, el mismo gancho que amarraba el carro a los caballos enganchó su pantalón, arrastrando al viajero por la calle.

El carnicero de la esquina lo rescató a tirones, pero a costa de una pierna del pantalón, que siguió su viaje unida al tranvía. Así regresó Manuel de su primera excursión al mundo: con su pantalón como el del Cojo Candia, y la camisa desgarrada como la de Santos Yegua después de una pelea.

Hubo una tercera casa, en Ñuble al llegar a Santa Rosa, que por entonces podía ser el límite oriental de la ciudad. La calle Ñuble desembocaba en un potrero sin término, que allá muy lejos era detenido por la Cordillera de los Andes. "Creo que en ese momento comencé a amar la cordillera", contaría



"Creo que en ese momento comencé a amar la cordillera."

después, ya hombre, el que de niño corría por aquel espacio cubierto de pastizales y sobrevolado por enormes águilas.

La viuda y el huérfano

El jefe de la familia, Manuel Rojas Córdoba, enfermó en aquella casa del almacén y debió ser hospitalizado.

El pequeño Manuel sólo guardaría de él la imagen de un hombre más bien bajo, delgado y moreno, de bigote y cabello negro, ondulado. El niño no recorda-

ría más que dos instantes junto a su padre. El primero, en Argentina, lo lleva de la mano junto al río Paraná, por el puerto de Rosario.

El segundo recuerdo es de Santiago de Chile. Ahora el niño va de la mano de su madre por el Hospital San Vicente. En el pasillo se cruzan con una camilla cubierta con una sábana. La madre la levanta: ahí estaba su padre, muy pálido, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hacía tiempo que le habían pronosticado ese fin, si no dejaba los tragos fuertes preferidos en el barrio de don Santos Yegua.

—Sólo beba leche —le dijo el médico— o se morirá.

— Prefiero morir antes de parecer ternero —respondió don Manuel. Y ahí estaba ahora frente a su hijo, con los brazos cruzados sobre el pecho, en una camilla que alguien conducía al depósito de cadáveres.

Viuda, con un hijo de seis o siete años, doña Dorotea no veía porvenir atractivo en Santiago, y pensó que las cosas se le podían dar mejor en Buenos Aires.

Con sus vecinos, el niño había cruzado más de una vez el potrero que se extendía frente a su casa, deteniéndose al pie mismo de la montaña, y lo cautivaba la idea de trepar sus cumbres.



En 1958, delante de la casa de Buenos Aires donde vivió con su madre desde 1902 hasta 1908.

En aquellos años la cordillera se cruzaba en coche y en mula. Por el lado chileno, el coche llegaba hasta Juncal, donde esperaban las mulas. A los niños los solía llevar un arriero, a veces amarrados a la espalda, a la manera india.

Así había realizado Manuel su primer viaje. Pero en Chile había crecido lo suficiente como para que ahora lo pusieran a cabalgar su propio macho.

Sólo dos personas —los recién casados— habían atravesado los Andes la primera vez, desde Chile. Tres habían vuelto desde Argentina. Ahora de nuevo iban solamente dos, una viuda y un huérfano. Parece que la cordillera se empeñaba en sumar y restar miembros en aquella familia.

Ya estaban de nuevo en Buenos Aires, en el barrio Boedo. Por ese tiempo Manuel ingresa a su primera escuela.

Varias calles del barrio daban a un alfalfar que los niños consideraban su parque privado. En las tardes de primavera corrían cazando mariposas, y por las noches, cuando éstas se iban a dormir, aparecían las luciérnagas. Los pequeños cazadores nocturnos las capturaban a puñados y se las refregaban en la frente.

Cuando las madres se asomaban a las puertas de

calle llamando a sus hijos, éstos debían dar la impresión de un batallón de enanos luminosos que invadía el barrio.

En una de esas casas vivió Manuel su verdadera infancia. "Era una casa limpia, aireada, fresca, con seis habitaciones y dos patios." De esas seis habitaciones, su madre y él sólo ocupaban una, la segunda. En la primera vivía un sastre, en la tercera y cuarta, la propietaria. Seguían dos cuartos más pequeños: en uno vivía un zapatero italiano y en el otro, una anciana limosnera francesa que aseguraba haber sido millonaria.

II

TODA SU VIDA ESCOLAR

Doña Dorotea supo pronto de la existencia de un colegio cercano y partió a matricular a su hijo. Ya ante el director, la madre insistió en la urgente necesidad de enseñarle a dividir. El director prometió hacerlo.

Es frecuente que cuando los colegiales regresan a casa, las madres les hagan alguna pregunta, a modo de saludo: ¿cómo te fue en clases?, ¿cómo te portaste?, ¿te dieron tarea? o cualquier cosa por el estilo. Pero la madre de Manuel tenía una obsesión:

—¿Te enseñaron a dividir? —era la pregunta casi diaria.

—Todavía no, mamá —era la respuesta fija.

Hasta que un día la impaciente señora partió al colegio junto con el niño. Parándose frente al director, lo increpó:

—Señor, usted no le ha enseñado a dividir a mi hijo.

Ésa debió ser una queja desacostumbrada, porque el director, desconcertado, sólo atinó a responder:

— Señora, ¿y cómo quiere que le enseñe, si no sabe...?

El director era un hombre alto, corpulento, siempre vestido de negro. Lo apodaban El Nariz de Batata.

Manuel no duró mucho en ese colegio.

Su curso, que se preparaba para la Primera Comunión, fue enviado a confesarse. Pero entre la escuela y la parroquia se interponía un potrero, en el que los niños pensaron que no sería pecado jugarse un partido de fútbol. Y si lo era, el cura los perdonaría en futuras confesiones.

Los niños no contaban con que nunca falta un traidor, y El Nariz de Batata lo supo.

Alzando la temida regla —pesadilla de los estudiantes de aquel tiempo— comenzó a llamarlos por la lista del curso:

—Estire el brazo y la mano.

¡Paf!

—¡Ayyy!

La clase era un concierto de percusión con acompañamiento de chillidos.

Al oír su nombre, Manuel miró alternativamente hacia el profesor y hacia la puerta de la sala. Su elec-

ción fue instantánea: de dos brincos estuvo en el patio, de otro en la calle y de otro en el potrero.

Sólo entonces sintió tras él a todo el curso enviado en su persecución. Sea por cansancio o curiosidad, se dio un momento para mirar hacia atrás, y vio que le hacían señas amistosas. Se detuvo. Los chiquillos, con los brazos enronchados y las mejillas todavía húmedas, lo rodeaban como a un héroe.

El mismo niño que había sacado la pelota cuando iban a la iglesia, la traía ahora en esa persecución. ("Parece que hasta dormía con ella.") Y comenzó un nuevo partido, que sólo se detuvo cuando creyeron haber asegurado su más espectacular victoria sobre El Nariz de Batata. Los niños le dirían que no lograron darle alcance. Manuel se fue inventando una explicación satisfactoria que darle a su madre.

Pero la señora Dorotea, que apenas soportaba un colegio en que no enseñaban a dividir, no les iba a perdonar que además maltrataran a unos pobres inocentes. Aprendería a dividir en otro lugar.

Ése pareció ser el Colegio Pampero. Aquí Manuel tuvo por fin algunos momentos escolares gratos.

El primero es la llegada de un profesor distinto a los que hasta entonces había conocido. Era joven, esbelto, atlético y amistoso.

El segundo es su éxito en aquella clase de composición oral con asistencia de los padres, que se cuenta en el prólogo de esta biografía. Si el lector se lo saltó —como hacen los lectores inexpertos— hará bien en volver y leerlo, pues Manuel Rojas le da tanta importancia a esa anécdota infantil, que ha dicho que es su "primer triunfo literario".

Parece que por entonces su madre lo hallaba demasiado callejero, y como su trabajo fuera de casa le impedía vigilarlo, lo internó en el Colegio San Carlos. Pero su vejiga resultó incompatible con la vida de interno, que lo obligaba a acostarse temprano, y por lo tanto a permanecer muchas horas entre las sábanas, que no amanecían precisamente secas.

Ya que no funcionaba bien como alumno externo ni interno, su madre probó de medio pupilo, en un colegio lejos del barrio Caballitos, por lo que debía viajar en tranvía.

Poco después se trasladaron a la ciudad de Rosario, donde asistiría a su último colegio. Aquí, al revés de su experiencia escolar anterior, fue un alumno estudioso, sacó buenas notas y pasó de grado.

Y algo más importante: en este colegio comenzó a madurar. Es el tiempo en que ingresa a la puber-



En 1958, en Buenos Aires, frente a un colegio de su infancia.

tad y lució sus primeros pantalones largos. Por esa época, y hasta mediados de siglo, los niños usaban pantalón corto, encima de la rodilla, más o menos como la falda-pantalón de las lolas de hoy. Vestir pantalón largo era dejar de ser niño. Se comprenderá entonces la emoción de Manuel al lucir los suyos. Sintió que su llegada al colegio de pantalón largo causó sensación entre sus compañeros de curso, y sin duda entre sus compañeras.

Como era de esperar, a su debido tiempo los pantalones se ensuciaron y su madre los lavó. Lo malo es que carecía de otro par, de modo que al día siguiente apareció en la escuela con sus pantalones cortos. Debió sentir la desazón de verse niño después de sentirse hombre.

Afortunadamente, eso duró sólo el día que tardaron en secarse sus pantalones largos. En cambio, al margen de sus deseos, la vida lo obligó a asumir responsabilidades adultas antes de haber terminado su infancia.

Había recorrido media docena de colegios y avanzado hasta "cuarta o quinta preparatoria". Ya no volvería más a una escuela. Sin embargo, estaba listo para iniciar su largo aprendizaje de hombre.

Primeros trabajos

Si la situación económica de la viuda era constantemente mala, muchas veces sucedía que empeoraba. En una de esas frecuentes crisis, mientras aún vivían en Buenos Aires, Manuel se vio en la necesidad de buscarse una ocupación.

Su primer trabajo lo halló en una sastrería, donde debía llevar las confecciones al domicilio de los clientes. También se le encomendó una labor más especializada: pegar botones. Parece que en una semana pegó los botones de todos los ojales y repartió los ternos de todos los clientes, porque se acabó ese trabajo.

De la sastrería pasó a la empresa de mensajeros "La Capital". Su trabajo no podía ser más apropiado, pues consistía en su entretención predilecta, recorrer Buenos Aires, sólo que ahora llevando ramos de flores, cartas o paquetes. Con la esperanza de alguna propina, una sonrisa o una mueca, según fuera portador de citas de amor o cobranzas, encargos o regalos. Y, además, con un vistoso uniforme y un sueldo mensual.

Este empleo tampoco duró mucho: sólo dos o tres meses. Ese bimestre o trimestre fue un verdadero curso de geografía de la gran ciudad. Aprendió también cómo viajar en tranvía sin pagar, y otras destrezas muy valiosas para un niño pobre que sale a buscar trabajo.

Su próximo empleo le llegó sin buscarlo. Su madre haría un viaje fuera de Buenos Aires, y debió dejarlo en casa de un talabartero italiano amigo. Éste lo atendió como a un pariente cercano y le ofreció trabajo en la talabartería, para que no se aburriera.

Al niño le gustó la idea de compartir con esos hombres del taller que se sentaban por la mañana con un pedazo de cuero crudo, y al cabo de un día de mojarlo, sobarlo, golpearlo, torcerlo por aquí y coserlo por allá, alzaban un hermoso par de riendas.

Comenzó a ver la diferencia entre un oficio y los simples empleos que había desempeñado hasta entonces. Tras un día de carreras del mensajero, alguien tendrá una carta, un paquete o un ramo de flores, pero el mensajero no tendrá nada, salvo el cansancio, que será lo único suyo. El artesano, en cambio, terminaba igualmente cansado, pero mostrando con orgullo una obra de sus manos.

En esos cortos días de talabartero no alcanzó a aprender el oficio, pero llegó a interesarse en la tarea que se realiza, es decir, aprendió a aprender: "trabajaba cuidando de que la costura mostrase puntadas iguales y siguiera una línea recta..."

Bancarali, el segundo del taller, alzaba de pronto la voz en una pregunta que era una invitación:

—¿Milongueamos, muchachos?:

"Soy la morocha argentina,
la que no siente pesares,
y alegre pasa la vida
con sus cantares..."

Patrón y operarios coreaban entonces la canción de moda, sin soltar la cuchilla descarnadora, la lezna, el punzón y otros instrumentos nada musicales. No era un recreo, era parte de la lección: aprender a trabajar con alegría.

Su encuentro con el libro

El futuro escritor cumplía ya diez años, asistía los últimos días a su último colegio, y aún no había tenido en sus manos un verdadero libro, uno que no fuera el de historia o de aritmética que daban en el colegio. En su casa no los hubo nunca de ninguna clase.

Su encuentro con el libro se produjo en Rosario, justo en el trayecto de su casa al colegio. Mirando la mal iluminada vitrina de una librería en que sobresalían artículos de escritorio, llamó su atención la portada de un libro: un salvaje alcanzado en plena carrera por una flecha que lo hería por la espalda. Título: *Devastaciones de los piratas.* Autor: *Emilio Salgari*. Entró y preguntó el precio:

—"Veinte centavos."

Según como estuviera de fondos, su madre le daba al irse al colegio una moneda de uno o dos centavos. Se hizo el propósito de evitar alguna golosina y economizar. Hasta que al fin juntó el precio y salió de la librería dueño de su primer libro.

Ya en la calle, comprobó que se trataba del segundo tomo de una novela titulada *Los náufragos del Liguria*. Sin desanimarse, leyó el libro y comenzó a juntar centavos para comprar el primer tomo. Así leyó su primer libro: de atrás para adelante, y así adquirió el hábito de la lectura, que es la puerta de entrada a la literatura.

Adiós, infancia

Por esos días comienza a terminar su infancia. "No por exigencias de la edad, sino por imposición de la vida." A la madre no le iba bien, mejor dicho, le iba peor que de costumbre, y creyó que el niño debería buscarse un trabajo estable.

Ingresó de aprendiz en una carpintería. En la primera semana llegó a manejar bastante bien la enorme sierra de cortar tablas: el corte le salía perfecto. Pero a la segunda, no apagó a tiempo la llama que calentaba la cola de pegar, y fue despedido.

Al llegar cesante a casa, lo consoló un vecino italiano, que tenía un conocido en la Maestranza del Ferrocarril Central Argentino. Gracias a su influencia ingresó a esos talleres como aprendiz de carpintero mecánico.

El título sonaba mucho más atractivo que la primera labor que le encomendaron: acarrear tablas al hombro. Él hubiera querido una trabajo menos pesado y más "técnico", como el que veía realizar en las sierras o las cepilladoras. Sin embargo, acercándose más, su entusiasmo disminuyó: la mayoría de los maestros carecían de uno o más dedos de la mano. ¡Se los había llevado la sierra, al menor descuido!

El mismo italiano que lo había llevado a la maestranza terminó de alejarlo de su infancia, llevándolo a diversiones de hombres; a bares y cafés cantantes, en cuyo público abundaban los "guapos de profesión", armados de grandes cuchillas que salían a relucir a la menor discordia.

La necesidad de ganarse la vida lo llevó a tener amigos mayores y con ellos conoció ese mundo en que no se permitían niños. De modo que dejó bruscamente de ser niño.

De su infancia sólo le quedaba su gato, El Negro, que dormía con él, no como suelen hacerlo los gatos, arrollados sobre la cama, sino estirado entre las sába-

nas y con la cabeza en la almohada, como lo hubiera hecho el hermano menor que siempre quiso tener.

A las siete de la mañana sonaba la sirena de la maestranza y su madre se levantaba a prepararle el desayuno. El Negro, que había entendido esa rutina, despertaba siempre segundos antes de la sirena y se estiraba.

Era el año 1910. Una vez, su madre lo despertó a medianoche, arrastrándolo hacia el patio. El Negro se estiró en la cama, extrañado de no oír la sirena, pero partió a la siga de su amo. ¿Qué pasaba? Todo el vecindario estaba en pie, mirando hacia arriba: "un enorme cometa, de luz azulada, llenaba casi todo el cielo de otoño. El espectáculo era enmudecedor".

Así vio pasar al cometa Halley, que se deja ver cada 75 años. Se habían pronosticado grandes catástrofes, que afortunadamente no sucedieron. Aunque Manuel sí sufrió un doble golpe: se iban de Rosario, y en ese momento, junto con abandonar a su gato, siente que lo abandona la infancia.

"Empezaba mi adolescencia, una adolescencia mucho más dura que mi infancia; durante ésta, si bien sufrí de todo un poco, desde hambre hasta soledad, pude contar con mi madre y ella pudo contar conmigo..."

III

NO TENÍAMOS PARIENTE CONOCIDO EN NINGÚN LUGAR DEL MUNDO

Doña Dorotea y Manuel llegaron a Mendoza en el invierno de 1910. "Inconscientemente, mi madre se acercaba a Chile, y yo con ella." La señora anduvo un tiempo averiguando por un hermano suyo —Telésforo Sepúlveda— que según sus datos alguna vez residió allí. No encontró huella alguna de su estancia ni paso. "No teníamos pariente conocido en ningún lugar del mundo." Con esta convicción, Manuel salió a buscar trabajo.

1910 era el año del centenario de la Independencia de los dos países, y aunque Argentina lo había festejado ya el 25 de mayo, la ciudad de Mendoza se aprestaba a repetir las celebraciones el 18 de septiembre, seguramente por la cercanía y por la gran cantidad de chilenos que allí vivían.

Electricista y pintor

Dentro de los preparativos de esos festejos estaba la iluminación de la catedral. La iglesia necesitaba luces, la empresa contratista necesitaba trabajadores y Manuel Rojas necesitaba trabajo: así se vio convertido en ayudante de electricista.

¿Por qué lo eligieron a él, entre muchos postulantes seguramente con más experiencia?

Tal vez porque a pesar de ir pobremente vestido, mantenía una actitud de serena dignidad, y sabía leer y escribir correctamente. O quizás al ver sus escasos setenta kilos estirados en un metro ochenta y seis centímetros de estatura, al contratista le pareció que podría poner muchas ampolletas sin necesidad de escalera...

"Me enseñaron lo que debía hacer y lo hice a conciencia." Aprendió rápidamente a perforar gruesos muros, colgar lámparas, unir cables. Se descubrió un sentido del equilibrio que le permitía trasladar de un lado a otro en posición vertical larguísimas escaleras, mientras la gente, temerosa y asombrada, se apartaba de prisa, pero sin la vista de esa escalera viajera y de él, que más que llevarla parecía seguirla.

Acabada la iluminación de la iglesia mayor, frente a la plaza, los mandaron a instalar la electricidad en

un viejo hospital que hasta entonces se había alumbrado con velas y carburo. Le enorgullecía llevar la luz del progreso a todas partes. Pero pasados unos meses, ese y todos los trabajos se acabaron. Se apagó su ilusión, estaba cesante.

Tuvo así tiempo de charlar con arrendatarios de otras habitaciones de la misma casa en que vivía con su madre. Así conoció a un chileno llamado Francisco Cabrera.

El primer amigo

"Fue el primer hombre con quien llegué a ser amigo y compañero, el primero a quien aprecié y estimé." Cabrera estaba contra todo lo que significara orden establecido. En política era anarquista, rechazaba toda forma de gobierno. En medicina era naturista, rechazaba los doctores, los "remedios de botica", y aseguraba que todas las enfermedades se curan con baños de agua, baños de vapor o baños de sol. Amaba el ocio y defendía como sagrado "el derecho a la pereza", pero ya que tenía que ganarse la vida, pintaba. No pintaba paisajes de parques ni prados en que a veces la policía lo sorprendía desnudo, tomando sus baños de sol; pintaba edificios o muros, piezas

o corredores, lo que le mandaran pintar. Con él Manuel Rojas adquirió un nuevo oficio, el de "pintor de brocha gorda".

Cabrera tenía muchos amigos y se los presentó: obreros tipógrafos, poetas, dibujantes y, en general, grandes lectores. Uno de ellos leía poesía, cosa que Manuel no había hecho hasta entonces. Él le prestó obras del francés Víctor Hugo y de los poetas argentinos y uruguayos de la época.

"Descubrí en esos libros algo que ni siquiera había soñado... Aquello era, para mí, mucho más grande que cualquier cosa o hecho que hubiese conocido hasta entonces... ¿Cuánto había que vivir y trabajar para llegar a eso...?"

Él todavía no lo sabía. Pero el lector lo sabrá, en las páginas que siguen.

Adolescencia: epílogo

En el verano siguiente, Pancho Cabrera y su cuadrilla de tipógrafos y lectores de poesía estuvieron armando un enorme galpón para una bodega vitivinícola de Mendoza. Había que transportar a pulso unas vigas metálicas que ardían al sol. A Cabrera le pareció un trabajo para animales, y un día partió sin regreso.

Pero habían levantado una bodega de vinos y na-

die les negaría el derecho a llenarla, de modo que partieron a la vendimia.

Al término de ésta, el dueño de la viña le ofreció a Manuel quedarse trabajando en ella . Allí le dieron un cuarto en la casa, la comida era buena y la cocinera lo trataba con afecto maternal. Por si fuera poco, había una hermosa joven —no supo si hija del patrón o la patrona misma— que le pagaba con una sonrisa su atención de llevarle el caballo o ayudarla a montar.

Fue un trabajo fácil y una vida cómoda. ¿Por qué los dejó? No sabemos. Acaso tuviera para él un grave defecto: carecía de aventura. De modo que un día entregó el cuarto, se despidió de la buena cocinera y de la dama sonriente, y volvió a casa:

—"Mamá, me voy."

—Que te vaya bien, hijo mío.

"Ni un beso, ni un abrazo, pero siempre había sido así, jamás me besó ni me abrazó, quizá lo hizo cuando yo era niño, no lo recordaba. Sabía, sin embargo, por lo que me cuidó cuando era todavía un muchacho, que me quería mucho, tanto quizá como yo la quería a ella..."

¿ Adónde se iba ese adolescente larguirucho?

A trabajar a Las Cuevas, muy cerca del límite con Chile, donde se construían unos túneles para proteger al Ferrocarril transandino de los rodados.

Transportados en trenes de carga, junto con los materiales de construcción, debían instalar sus carpas luchando contra la furia del viento que amenazaba elevarlas como volantines cordilleranos.

Se dormía mal y se comía peor. Allí trabajó hasta fines de marzo, cuando la nieve lo cubrió todo, imposibilitando toda faena.

Cobró la liquidación y bajó a Mendoza, a ver a su madre y comprar ropa adecuada para el invierno, que pasaría trabajando en el paradero ferroviario de Las Leñas. Este trabajo le daba derecho a un pasaje de regreso desde Mendoza al campamento, pero como no pidió un comprobante, no le dieron pasaje ni tenía dinero para comprarlo.

Volvió descorazonado a casa de su madre, que daba alojamiento a dos chilenos, Luis Toledo y Laureano Carvajal, que regresaban a su patria.

—Váyase con nosotros —lo invitaron.

Ellos tampoco tenían pasaje, ni lo necesitaban: volvían a Chile a pie. Con ellos regresaría hasta el campamento de Las Cuevas

Se pusieron en marcha al oscurecer, y esa noche, caminando junto a la línea férrea, avanzaron unos cincuenta kilómetros. En la estación Guido treparon a un tren de carga, a riesgo de ser pisoteados por una masa de vacunos que no parecían dispuestos a compartir su

vagón con "pavos". Menos amigable resultó el conductor del tren, que los obligó a bajar en la estación Zanjón Amarillo. Habían avanzado unos 150 kilómetros y los treinta restantes los caminaron casi con agrado.

En el campamento se reencontró con Laguna, un chileno del doble de su edad, pero tan inhábil para la vida práctica, que constantemente buscaba la protección de alguien, y se había apegado a Manuel.

Llegado el momento de separarse, uno de los viajeros le dijo, casi a manera de despedida:

—¿Por qué no seguimos para Chile?

Por la mente del adolescente pasaron sus propios recuerdos de infancia mezclados con los de su madre, que desde niño sólo le habló de su tierra.

—Ya. ¡Vamos!

Le dejó a otro chileno su más preciada pertenencia, un colchón, y él cargó con sus frazadas y con Laguna, que no se le despegaba:

"— Manuel —me dijo, mirándome con ojos de perro desvalido—: vámonos para Chile. No quiero quedarme aquí. Me voy a morir."

Partieron esa misma tarde. Durmieron en un refugio y a las seis de la mañana comenzaron el descenso hacia la primera estación del Ferrocarril Transandino chileno, Caracoles.

Caminando de bajada, ese día cubrieron 52 kilómetros, para dormir entre los árboles de Río Colorado. Al día siguiente llegaron a la ciudad de Los Andes.

Allí se disolvió el grupo. Toledo y Carvajal, que no parecían interesados en acercarse a la capital, se quedaron en Los Andes.

Manuel y Laguna tomaron un tren que estaba por partir. Llegaron a la Estación Alameda, en Santiago, a las ocho de la noche, más exactamente de un anochecer de otoño.

Los que se habían conocido en plena cordillera, se separaron en la esquina de la Alameda de las Delicias con Avenida Brasil. Laguna iba hacia las puertas de Las Condes, aunque no sabía exactamente si hallaría dónde quedarse. Manuel llevaba alguna dirección de amigos de sus amigos y, junto con un afectuoso apretón de manos, le dio una de sus dos frazadas. No volvió a verlo nunca más.

En su corta existencia, Manuel Rojas había sido traído y llevado de un lado para otro de la Cordillera de

los Andes, en tren o en coche, a espalda de arriero o a lomo de mula.

Ahora, como para resaltar una decisión personal, la había cruzado a pie. Estaba en Chile por segunda vez. Tenía 16 años recién cumplidos. Era el 29 de abril de 1912.

los Andes, en un [illegible] espalda de arriero o
lomo de mula.

Ahora, [illegible] para realizar una decisión [illegible] que [illegible] Chile por segunda vez [illegible] 16 años recién cumplidos. Era el 29 de abril de 1912.

[illegible]

IV

POR ESOS AÑOS COMENCÉ A ESCRIBIR

Por estrecha que fuera, la casa de su madre en Argentina estuvo siempre abierta a los chilenos pat'e perros que golpearon a su puerta, y ahora Manuel iba a cosechar los frutos de aquella solidaridad de los pobres. Traía la dirección de unos peluqueros, en calle Brasil al llegar a Mapocho.

Era una sola pieza separada por un tabique de papel: a un lado la peluquería, al otro el dormitorio de los peluqueros, que eran dos. Con ellos convivió un tiempo. Luego pasó a otro conventillo, donde un pintor italiano disponía de una pieza y una cama, pero que no negaba hospedaje a los amigos necesitados que estuvieran dispuestos a dormir en el suelo.

Así, de conventillo en conventillo pasó varios meses, hasta que la llegada de su madre vino a ordenar

su vida: tuvo un domicilio fijo. Por lo menos hasta el "1° de mayo" de 1914.

Esa tarde, mientras caminaba por calle Brasil, seguramente de vuelta de los actos del "Día del Trabajo", fue provocado por un grupo al llegar a su casa. Hubo una reyerta, disparos, un herido. Su madre vino a decirle que el almacenero de la esquina lo culpaba a él de los disparos.

—¿Con qué? Usted sabe que no uso armas.

—Ándate —le dijo—, de otro modo te van a llevar preso.

Y se fue. Tras dormir un par de noches en casa de amigos, a la tercera tomó el tren a Valparaíso.

Valparaíso y el mar aparecieron

Llegó a Valparaíso a las tres de la mañana, y se sentó en un banco "a hacer hora". En la oscuridad, sólo escuchaba un ruido sordo, que crecía y se alejaba. No era parecido a ningún sonido que recordara y se imaginó miles de cosas. Sólo cuando amaneció pudo entenderlo: ahí estaba el mar, que veía por primera vez en su vida. Y estaba Valparaíso.

Después de saciar sus ojos de mar ascendió al cerro Bellavista y ya al anochecer encontró una dirección que

le diera en Santiago el poeta Gómez Rojas. El dueño de casa ni lo conocía, pero bastó esa recomendación para que lo recibiera como un familiar muy esperado.

La amistad parecía ser la institución social más sólida y respetable para esos hombres, de modo que un amigo de ese amigo recién conocido se sintió en la obligación de conseguirle trabajo, y lo encontró en el puerto. Pudo trabajar como pintor, pero el deseo de entrar pronto en contacto con el mar fue más grande que el temor de caerse al agua.

Un amanecer llegó al viejo muelle de Valparaíso, donde se embarcó en un remolcador que lo llevó hasta una lancha donde había que mover unas barricas de carburo que pesaban 150 kilos.

Después de ese trabajo breve pero intenso, volvió a casa de su madre en Santiago. Pintó carruajes en la capital y casas de veraneo en Cartagena, volvió a dormir a campo abierto y a subir a los trenes a escondidas. Pero Valparaíso lo había cautivado y suspiraba por volver.

Cuidador de faluchos

Doña Dorotea puso de nuevo en marcha su memoria, y esta vez descubrió un pariente, o al menos un

"allegado", esa otra respetable institución en la fraternidad de los pobres. Se llamaba Pedro Rojas y era policía marítimo en el puerto. Había sido criado por María González de Sepúlveda, la abuela materna de Manuel, que vivió 103 años, tiempo en que alcanzó a criar hijos, nietos, bisnietos y por último niños abandonados que encontraba por ahí.

Este Pedro Rojas le consiguió el trabajo de cuidador nocturno de faluchos, empleo ideal para su situación, pues volvía a casa por la mañana y ocupaba la única cama, la misma que Pedro ocupaba por la noche.

"Por esos años empecé a escribir." Los mismos amigos obreros y artesanos anarquistas que lo habían iniciado en la lectura de poesía, lo indujeron al periodismo. Fue corresponsal del periódico *La Protesta*, de Buenos Aires, y redactor de *La Batalla*, que dirigía en Santiago un carpintero catalán.

En esos grupos había conocido a José Domingo Gómez Rojas, que lo instó a dedicarse a la literatura.

"Estimulado por ese poeta empecé a escribir poesías y produje las peores que se hayan escrito en el hemisferio sur... No tenía cultura literaria de ninguna especie, no tenía espíritu crítico..."

No conocemos esos textos, posiblemente de 1914, pero sí los que publica en *El Chileno*, en 1916:

CANCIÓN DE OTOÑO:
"Bajo este sol de otoño, amarillo y sereno
he sentido unos dulces deseos de ser bueno..."

Casi al mismo tiempo se relaciona con gente de teatro, como el gran autor Antonio Acevedo Hernández, que había sido campesino y leñador, otro que era poeta y obrero tallador, más alguno que quería ser crítico y murió tuberculoso. ¿Cuántos eran? Los suficientes para formar el "Círculo de los siete". En algún momento se incorporó al grupo José Santos González Vera, otro futuro Premio Nacional de Literatura, que sería su amigo de toda la vida.

Samuel Lillo, hermano de Baldomero, los invitó a una lectura de sus cuentos y poemas en el Instituto Pedagógico. Tuvieron un público formado exclusivamente por muchachas universitarias que los aplaudieron a rabiar.

Es un hecho que sus versos ya no eran los peores del hemisferio, porque el exigente Augusto d'Halmar le incluyó un soneto en la Antología del grupo Los Diez:

GUSANO

Lo mismo que un gusano que hilara su capullo,
hila en la rueca tuya tu sentir interior.
He pensado que el hombre debe crear lo suyo
como la mariposa sus alas de color.

Teje serenamente, sin soberbia ni orgullo,
tus ansias y tu vida, tu verso y tu dolor.
Será mejor la seda que hizo el trabajo tuyo
porque en ella pusiste tu paciencia y tu amor.

Yo, como tú, en mi rueca hilo la vida mía,
y cada nueva hebra me trae la alegría
de saber que entretejo mi amor y mi sentir.

Después, cuando la muerte se pare ante mi senda,
con mis sedas más blancas levantaré una tienda
y a su sombra, desnudo, me tenderé a dormir.

Ese soneto siguió publicándose en varias antologías.

El teatro terminó por arrastrarme

"El teatro terminó por arrastrarme: era un modo de ganarse la vida y de vagar." Contratado como

"apuntador" en una compañía de Alejandro Flores, inicia una gira hasta Chiloé.

De regreso en la capital, ingresa a trabajar en el ramo de imprenta, en el que siempre había tenido numerosos amigos. Así como en la infancia había acarreado miles de tablas esperando llegar a ser carpintero mecánico, ahora le tocó doblar miles de pliegos de papel, esperando ser tipógrafo. Pero aquí tuvo más suerte: pronto ejerció el oficio de linotipista.

En 1920, como parte de los conflictos políticos de ese año, fue destruida la imprenta en que trabajaba, de modo que volvió al teatro. Primero en una gira a Punta Arenas. No debe haber sido un éxito, porque tuvo que regresar a Santiago con pasajes de la Beneficencia Pública.

Pero él no estaba hecho para temer al riesgo, y al año siguiente ingresa a una compañía que partía en gira por Argentina y Uruguay. En enero de 1922, al volver de Montevideo, la compañía se disolvió en Buenos Aires.

Allí empecé mi carrera de prosista

"... Me quedé en la ciudad en que había nacido; allí empecé mi carrera de prosista." Y podríamos decir que

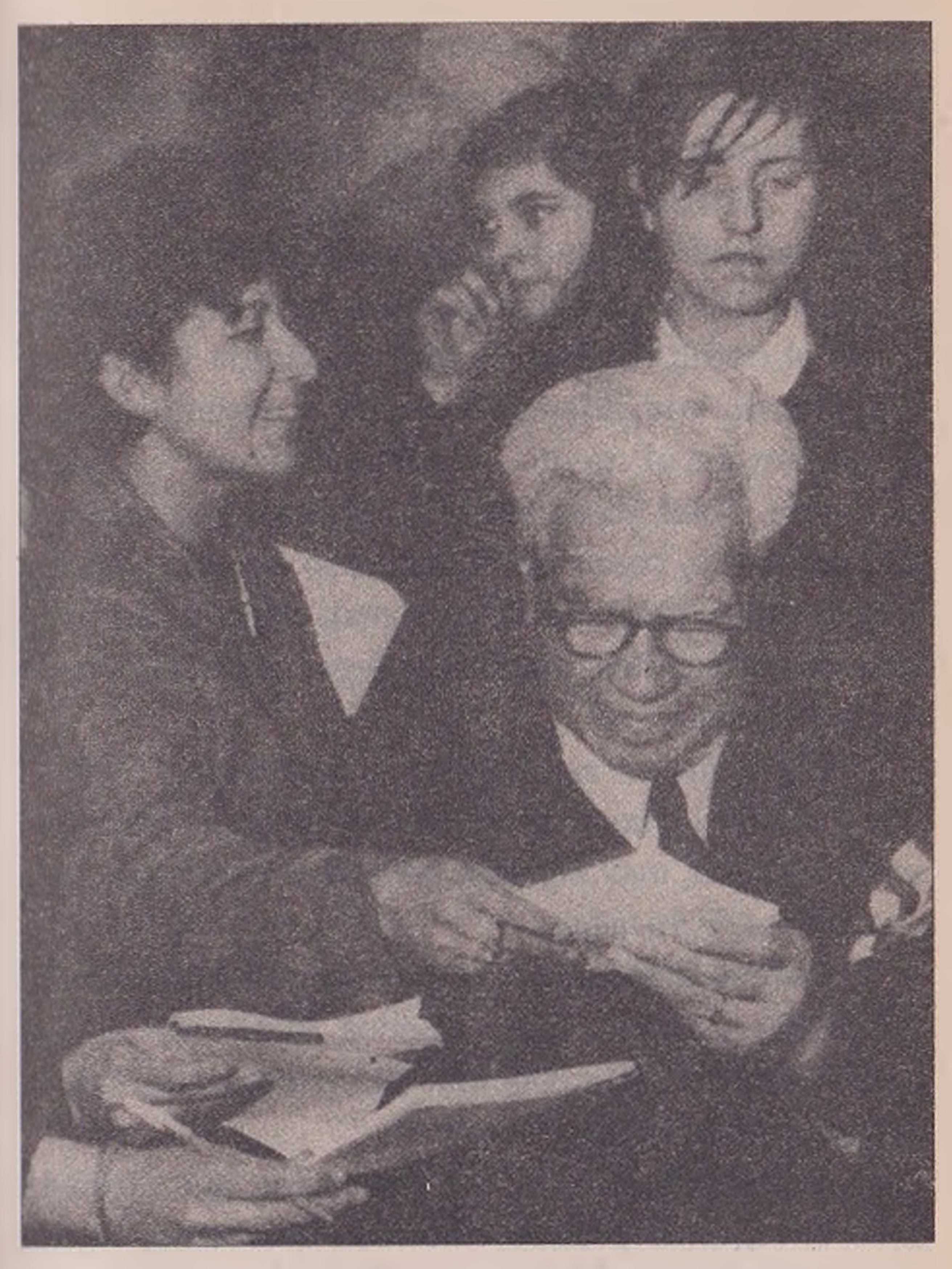
el destino eligió un buen momento para dejarlo cesante, pues mientras leía *La Montaña* buscando trabajo, leyó las bases de un concurso de cuentos de ese diario. Había un primer premio de 300 nacionales, un segundo de 100 y un tercero de 50.

El sueldo de un profesor primario de entonces era de 120 nacionales. De modo que aun el tercer premio debía ser más de lo que podría ganar él en un mes, en cualquier trabajo. Tenía tiempo, necesidad de dinero y ganas de escribir. Pero, ¿qué escribir?

Repasó su vida como un cuaderno abierto: estaba llena de acontecimientos, personajes, y eso que los profesores llaman "motivos literarios". De allí debería salir su cuento. A la hora de elegir el personaje central pensó en Laguna, ese compañero de infortunios que se calificaba a sí mismo como un "roto fatal".

Ya tenía el título. A continuación, "lo mismo que un gusano que hilara su capullo," comenzó a tejer la trama de su propia vida. Escrito el cuento, un amigo se lo copió a máquina y lo mandó al concurso. No se olvidó del asunto, pero la necesidad de buscar trabajo lo tenía pendiente de cosas menos literarias.

Un día, siempre buscando trabajo, se paró ante un puesto de diarios. Ahí había un ejemplar de *La Montaña*: "En esta edición, resultados del Concurso



Manuel Rojas firma autógrafos en un colegio de Santiago (hacia 1970).

de Cuentos..." Para conocerlos debería comprarlo, pero valía 10 centavos y era todo lo que tenía. Gastarlos significaba caminar una legua para volver a casa.

Compró el diario: ¡*Laguna* había ganado el segundo premio! Laguna había ganado cien pesos para él.

En el cuento *Laguna*, la historia vivida y la narración literaria coinciden hasta llegar al desenlace. Aquí se apartan. En el cuento —"pobre roto fatal"— Laguna muere. Total, ya no temía que su madre lo acusara de embustero, como en el concurso de composición oral de su infancia. En la vida real, después de prestarle una de sus dos frazadas al llegar a Santiago, no lo vio nunca más.

"Pero no fue por ese motivo que decidiera, al final del cuento, matarlo, no; lo maté por exigencias de la composición literaria, más sagrada, para un escritor, que toda una fábrica de frazadas."

El premio debió ayudarle a conseguir trabajo de linotipista en un diario de Buenos Aires. Allí estaba cuando supo de otro concurso de cuentos, ahora de la famosa revista *Caras y Caretas*.

Escribió *El hombre de los ojos azules*, que también ganó el segundo premio, ahora de quinientos nacionales, además de una gran medalla de oro que más tarde, cuando faltaban los premios y sobraban las ne-

cesidades, se perdió en una casa de empeños de Santiago. No importa: ya había ganado algo definitivo, "podía escribir cuentos":

"He pensado que el hombre debe crear lo suyo..."

Dicho y hecho. Había terminado su etapa de formación.

V

LA LITERATURA: VIVIENDO CON SUS PERSONAJES

Entusiasmado por esos éxitos consecutivos, escribió seguidos otros dos cuentos: *El cachorro* y *El espíritu inquieto.* Más tarde, en 1924, de regreso en Chile, escribió *El bonete maulino,* una historia que le había contado su madre en la infancia, a la que sólo le antepuso una introducción.

Estos cinco cuentos integran *Hombres del sur, su* primer libro. Tiene un prólogo del crítico Raúl Silva Castro y lo publicó Editorial Nascimento, en 1926. Al año siguiente la misma editorial le publica un libro de poemas: *Tonada del transeúnte*

Sobre ambos libros, Manuel Rojas cuenta algo que merece ser rescatado como una curiosidad para la historia literaria de Chile.

"La Editorial Nascimento me pagó mil pesos por los dos

libros. Al cambiar el documento en el banco, recibí diez monedas de oro de cien pesos cada una. Esas monedas valen hoy día (18 de marzo de 1959) $ 23.000 cada una..."

Diré que hoy (23 de julio de 1994) un amigo que entiende de esas cosas me asegura que cada una de esas monedas vale entre 85.000 y 100.000 pesos (comprador o vendedor). Aunque sólo una de esas monedas hubiera correspondido a *Tonada del Transeúnte,* convertiría a éste en el primer libro de poesía mejor pagado de su época, si no el único, pues hasta Neruda, en 1922, pagó la edición de *Crepusculario*, para lo cual debió pedirle dinero prestado al crítico Alone.

De modo que a esta altura de su vida Manuel Rojas es un hombre que ha pasado recién los treinta años y un escritor que ha publicado sus primeros libros.

En el periodismo

En 1927 hace una última gira con una compañía teatral al norte de Chile. Aunque ya no le interesaba esa actividad, no quiso perder la ocasión de recorrer la única zona del país que aún no conocía.

De regreso a Santiago ingresa como linotipista en el diario *La Nación*. Al término de sus turnos en ese trabajo de obrero especializado, se desempeñaba como



El escritor y su esposa, por la época en que ella publicaba su libro de poemas.

redactor libre del diario *Los Tiempos*, de la misma empresa. Sus artículos aparecían en la tercera página firmados con el seudónimo de Pedro Norte.

El escritor Eduardo Barrios, que en 1928 es Director de la Biblioteca Nacional, le ofreció un puesto de bibliotecario tercero en ella.

"Me despedí entonces de mi querido oficio de linotipista y acepté un puesto de redactor de planta en el diario Los Tiempos."

Tanto por reconocer sus méritos intelectuales como por aprovechar su experiencia gráfica, en 1931 es nombrado Director de Prensas de la Universidad de Chile.

Al año siguiente comienza a colaborar en el diario *Las Últimas Noticias*, del que luego sería también redactor de planta por espacio de nueve años.

"De mi trabajo como periodista he estado siempre agradecido, aunque los sueldos que gané no merecieron nunca mi agradecimiento."

Alegrías y tristezas: dos mujeres

El mismo año 1928 en que obtiene un puesto en la Biblioteca Nacional, contrae matrimonio con María Baeza.

Manuel Rojas tenía 32 años y ella era una joven de 25. Provenía de la ciudad de Los Andes, en cuyo

liceo había sido alumna de Gabriela Mistral. María escribía versos que en 1935 reunió en el libro *Canciones para ellos* .

Que era una alumna querida se revela en este poema que le dedicara "la señorita Lucía":

María, yo siento
que ya estoy florida
en el apretado
ramo de tu vida.

María, yo siento
que cuando tú cantas,
tu canción traspasa
mi vieja garganta.

Te dejé en un valle
profundo y pequeño
con el corazón
henchido de ensueño.

¡Cómo estará el sol
en tu cabellera!
¡Cómo estará el valle
con su primavera!

Mándame en tu verso
la flor del espino.
Manda la saudade
del viejo camino.

Ponte como yo
me puse en la loma
y en un solo abrazo
todo el mundo toma.

Tengo dos porciones
en el pecho mío
la una que es tierra,
la otra que es rocío,

y todo el rocío
sacudí en tus sienes.
Cuando tú cantas
sobre tu canto me tienes.

Sobre tu canción
estoy suspendida.
Soy como la escarcha
en la hoja dormida.

Gabriela Mistral



María Baeza, en la única foto de soltera que se conserva.

Los dos últimos versos le valieron a María el apodo familiar de "La Hojita". Es claramente una carta lírica, enviada desde México, y que sólo he visto reproducida en la revista *Babel* (Nº 31, 1946)

Como si sólo hubiera estado esperando la llegada de una mujer que la reemplazara en los cuidados de su hijo, doña Dorotea Sepúlveda murió al año siguiente.

"Mi madre tuvo un solo hijo y perdió a su marido seis o siete años después de casada. No tenía muchas personas con quien conversar y tuvo o adquirió el hábito de contarme historias. No historias que inventara o hubiese oído contar, sino historias que conocía, historias de sus hermanos, de sus parientes, de sus conocidos y hasta de ella misma y de mi padre, que al parecer era un hombre ocurrente y alegre. Mi madre aseguraba que estar al lado de su marido era como estar al lado de una guitarra. Esta metáfora indica algo."

Indicaba la posibilidad que ella le heredara el don de narrar. Y este reconocimiento, viniendo de un narrador, es un gran homenaje a la madre. Sobre todo a esa madre que:

"...odiaba las efusiones orales y las que se traducen en grandes besos y en grandes palabras, y yo, que tampoco tenía inclinaciones hacia esas maneras un poco falsas de sig-

nificar un aprecio o un cariño, casi se lo agradecía. Creo que la besé sólo cuando murió."

Como siempre, el consuelo viene de la literatura: ese mismo año 1929 obtiene el Premio Atenea por su colección de cuentos *El delincuente*.

Paréntesis con un *vaso de leche*

En este libro aparece *El vaso de leche*, escrito un par de años antes, y uno de sus cuentos más divulgados. Muchos lectores lo creen un tema autobiográfico. Como él mismo ha contado, en su infancia supo lo que era llorar de hambre, pero ésta no es una experiencia suya, sino de El Negro Nieves, un zapatero anarquista conocido en su adolescencia. Mucho tiempo después se encontraron en un tren, viajando desde Buenos Aires a Lanús:

—*"Perdone, ¿no es usted don Manuel Rojas? Era El Negro Nieves, mi compañero de otros tiempos... Vivía en Lanús. Nos visitamos y nos contamos nuestras vidas. El vaso de leche es fruto de esas conversaciones... La historia original ocurrió en la ciudad y puerto de Montevideo."*

Ausente para siempre su madre, María Baeza, la esposa, le dio serenidad, lo hizo sedentario, hogareño,

hombre de puertas adentro. Pero no pudo acompañarlo mucho, ni siquiera pudo acompañarlo a criar los hijos del matrimonio, sus "tres abejorros", como los llamaba: María Eugenia, Patricio y María Paz. María Baeza murió un triste invierno, el 23 de agosto de 1936.

Se produjo una profunda grieta en la vida interior del escritor. Alguna vez dijo que "escribir poesía es buscar mucho en sí mismo". Y allá en su interior fue a buscar consuelo, y volvió con un libro de poemas: *Deshecha rosa*, que sólo publicaría casi veinte años después, en 1954:

Repartida a lo largo de mis recuerdos y mis sentidos,
estás en todas partes y no estás en ninguna.

Los abejorros te tienen, sin embargo.

Y en ellos te miro, te sonrío y te hablo
mientras camino, con mi gran rosa ardiente,
hacia donde tú estás con tu deshecha rosa.

VI

1 VIUDO + 3 HUÉRFANOS = UNA FAMILIA

En 1994, 21 años después de la muerte de Manuel Rojas, su hija , la doctora Paz Rojas, nos abre las puertas de la misma casa de aquel viudo de entonces con sus "tres abejorros", la mayor de sólo siete años de edad.

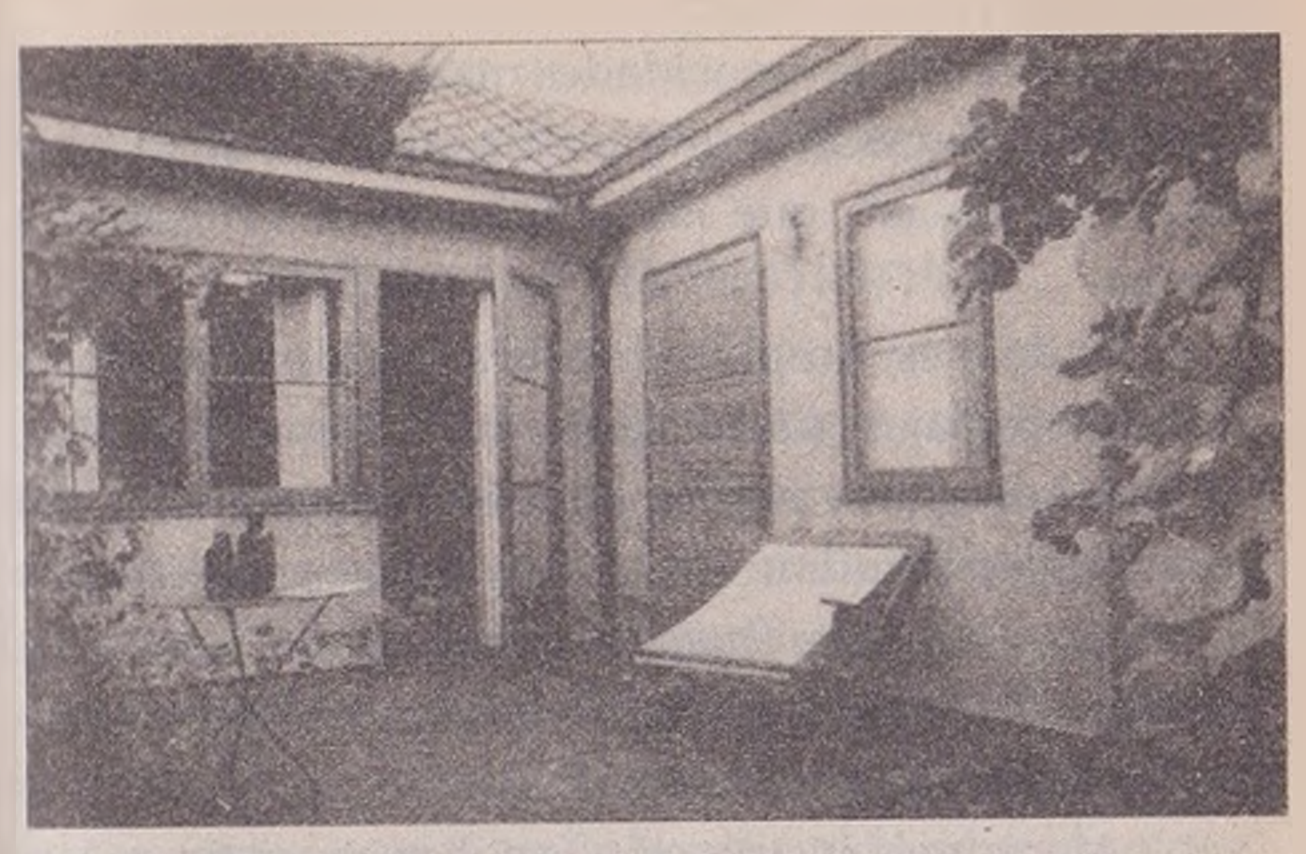
Fue construida hacia 1940 , y los hermanos la vieron crecer junto con ellos, a medida que lo permitía un préstamo de la Caja de Empleados Públicos y otros recursos que el escritor buscaba sin descanso.

La muerte de María Baeza no sólo privó de madre a esos niños, sino también restó a la familia el aporte económico que representaba su sueldo de profesora-directora de escuela. Manuel Rojas se las arregló para darles más tiempo, como una madre, y más recursos, como padre.

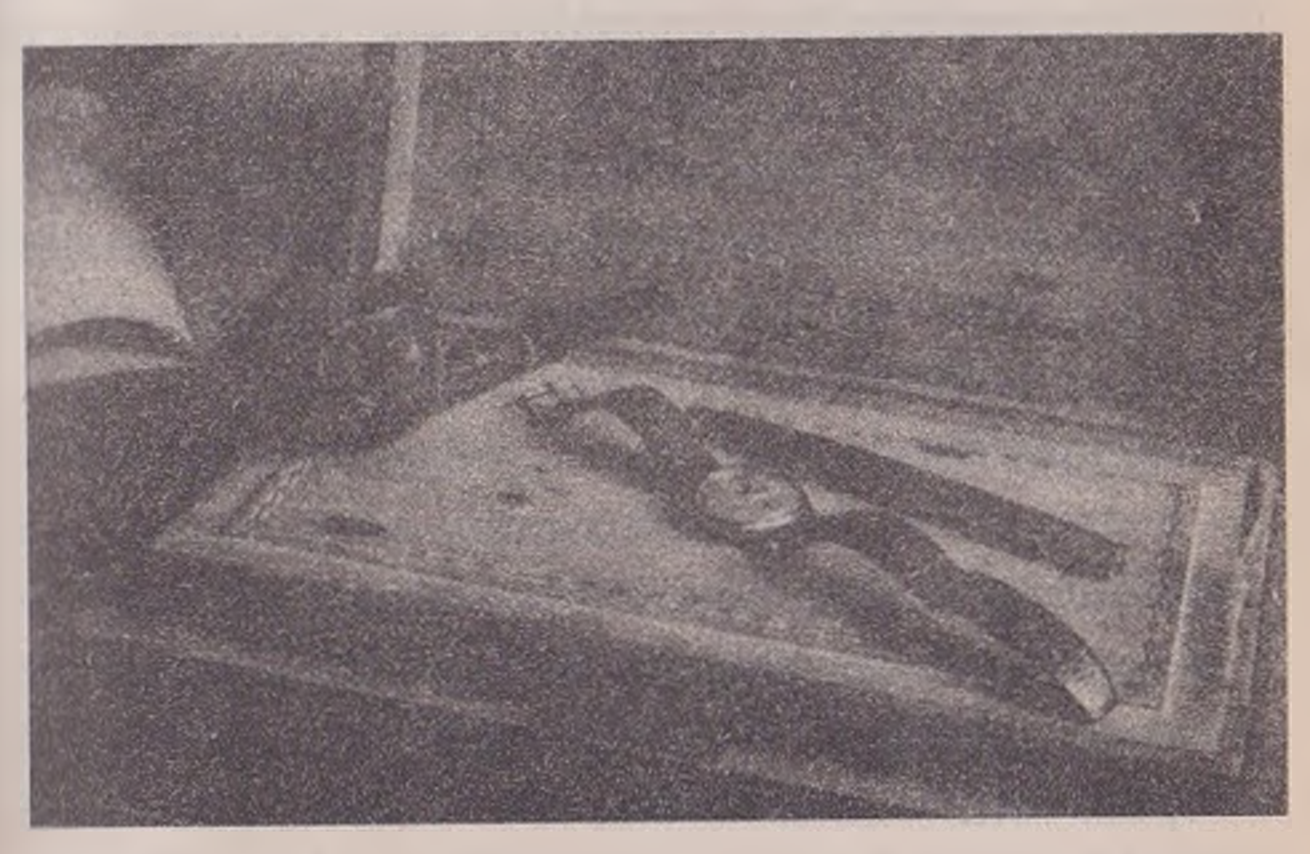
Trabajaba en la Universidad de Chile y, sin abandonar esa función, postuló a un puesto en el Hipódromo Chile. Había una vacante de "calculista", es decir, hacer lo que después hicieron las calculadoras y hoy hacen las computadoras. Los calculistas debían sumar los cientos de miles de boletos vendidos, calcularles el 18% de impuestos que se restaba del total, y dividir lo que quedaba por el número de boletos apostados a los caballos ganadores.

Todo eso en minutos contados. Sólo entonces, más de treinta años después de huir de la escuela de El Nariz de Batata, vino a comprender por qué su madre exigía que le enseñaran a dividir. Ya era demasiado tarde, de modo que debió conformarse con otro puesto, que lo tuvo años vendiendo cartillas de apuestas en la ventanilla de una oficina del Hipódromo los días domingos.

Así y todo, una vez en casa, se daba tiempo para empuñar el serrucho y construir los muebles que faltaran, comenzando por su escritorio. Y por la noche, reuniendo a sus abejorros, les leía El *libro de las tierras vírgenes, de* Rudyard Kipling, o simplemente el que estuviera leyendo. Tenía una fe ciega en el valor educativo de la lectura. Pero la entretención debía ser variada, y algunas noches de invierno había función de cine.



Un ángulo del jardín interior de su casa en Santiago.



Algunos de sus objetos personales de uso cotidiano.

Apelando a sus capacidades manuales, el padre escritor había fabricado una rudimentaria máquina de pasar "películas", que los propios hijos ayudaban a dibujar.

A fin de mes, después de cobrar los sueldos en sus distintos trabajos, tiraba al aire los billetes reunidos. Ellos los recogían y participaban en la distribución del presupuesto familiar: *"este mes, zapatos para Genita (Eugenia), al otro, para Papipo (Patricio), al otro, para Pacita ¡ésa era yo!"* Al menos este sistema de contabilidad práctica le evitaba un problema: dividir.

No siempre la instrucción familiar consistía en lectura o cálculo. Parte fundamental de la educación de sus hijos eran sus "lecciones de cosas". Consistían en largas excursiones al campo, a la playa y, especialmente, a la montaña. Pertenecían al Club Andino, y no consideraba un lujo comprarles a todos equipos de esquí para ir a la nieve. Los fines de semana los llevaba a San Juan de Pirque.

Aunque aquella casa, por supuesto, no se ha movido, es indudable que ha ido cambiando de barrio. En aquel tiempo estaba lejísimos del centro, más allá de Pedro de Valdivia, cerca de la Puerta de Los Leones, entre unas quintas, casi en las afueras de la ciudad. Después estuvo en el "Barrio Alto", barrio que siguió subiendo, alejándose hacia la cordillera. Y ahora la casa

de la infancia está ahí, donde siempre estuvo, en la comuna de Providencia, en pleno centro de la ciudad.

Plebiscito matrimonial

Como hemos visto, no era fácil para el viudo combinar su trabajo intelectual con las obligaciones caseras, pese al apoyo que en este sentido tenía de Esther, la antigua "nana" de la familia.

A los 45 años Manuel Rojas se enamoró de nuevo, se sintió correspondido y pensó casarse. Pero como ya hemos contado, en aquella familia todo acuerdo se tomaba colectivamente: los pagos, las compras, los regalos. De modo que el padre viudo planteó su intención de casarse.

La propuesta fue discutida en reunión familiar. Tras el debate democrático vino la votación:

A favor del matrimonio: 4 votos

En contra: 1 voto. ¡El de la nana Esther!

Obtenido el consenso familiar, Manuel Rojas se casó en 1941 con Valeria López Edwards.

Recordando con afecto a esta "madrastra", Pacita de entonces o la doctora Paz Rojas de hoy, nos dice que esa nueva esposa se preocupó de darle espacio físico al escritor para su trabajo en casa. Le dio la tranquilidad de un escritorio independiente y luego se pre-

ocupó de darle tiempo: le pidió que jubilara, lo obligó a jubilar, lo que era darle tiempo a su obra, aun a costa de rebajar las entradas económicas.

Sus primeras novelas

En 1930 el diario *La Nación* llamó a un concurso de novelas. Manuel Rojas pensó entonces que había llegado la hora de ensayar su primera novela. Como otras veces, convocó a su memoria a los seres con que había compartido, los sucesos que había vivido, los lugares que había conocido.

Uno estaba muy presente: el viejo muelle del puerto de Valparaíso. Y allí estaba, inolvidable, el joven que una madrugada conoció asombrado el mar y se hizo cuidador de faluchos. Con esta experiencia autobiográfica construyó el plan general de la obra.

Pero le faltaba un hilo conductor, una idea que la sostuviera como el esqueleto al cuerpo. Ése fue el símbolo del lanchero porteño, un ser representativo creado con características de muchos seres reales conocidos.

Como tenía poco tiempo y mucho trabajo, escribió incluso a escondidas, llenando páginas en un almacén vacío de la Biblioteca Nacional.

Había que ponerle un nombre a la novela y la lla-

mó *Lanchas en la bahía*. Ganó el concurso junto a Magdalena Petit, y recibió un premio de $ 5.000, que para él representaba casi medio año de sueldo. La novela se publicó en 1932 con prólogo de Alone.

Dos años más tarde publica *Travesía, "novelas* breves", extraño subtítulo, pues los nueve relatos se han incorporado siempre a sus antologías de cuentos y aun a textos escolares, como "El hombre de la rosa", "El león y el hombre" y "El fantasma del patio". Los dos primeros son un buen ejemplo de incorporación de temas folclóricos a la literatura nacional.

En 1936 aparece su novela *La ciudad de los Césares,* que más tarde reconocerá como su único "pecado puro de imaginación". Fue escrita a petición del diario *El Mercurio,* donde se publicó como folletín, es decir, por capítulos que el autor iba escribiendo a medida que aparecían, como las teleseries de hoy.

"Zig-Zag hizo después una segunda edición, dedicada francamente a los niños. No he sabido qué les parecerá a ellos..."

VII

HIJO DE LADRÓN : LA CONSAGRACIÓN LITERARIA

Hombre que aprendió a valorar la solidaridad a través de sus diversos oficios, Manuel Rojas se incorporó a su verdadero gremio, "el oficio de las letras". El 6 de noviembre de 1931 los hombres de letras del país habían fundado la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y en 1937 Manuel Rojas es elegido Presidente de esa institución. Como tal, ese mismo año organiza y preside el Primer Congreso de Escritores de Chile.

Parece curioso que desde su matrimonio con Valeria, que le ha dado espacio y tiempo, pase diez años —1941-1951— sin publicar nada nuevo. ¿La tranquilidad le era tan desconocida que mataba su imaginación? Nada de eso: ¡estaba pensando! Pensando escribir una novela.

"No sabía exactamente lo que deseaba. Sólo pretendía

expresar algunas experiencias propias y ajenas, describir seres y ambientes... Conservo cuadernos en que hay apuntes y tentativas..."

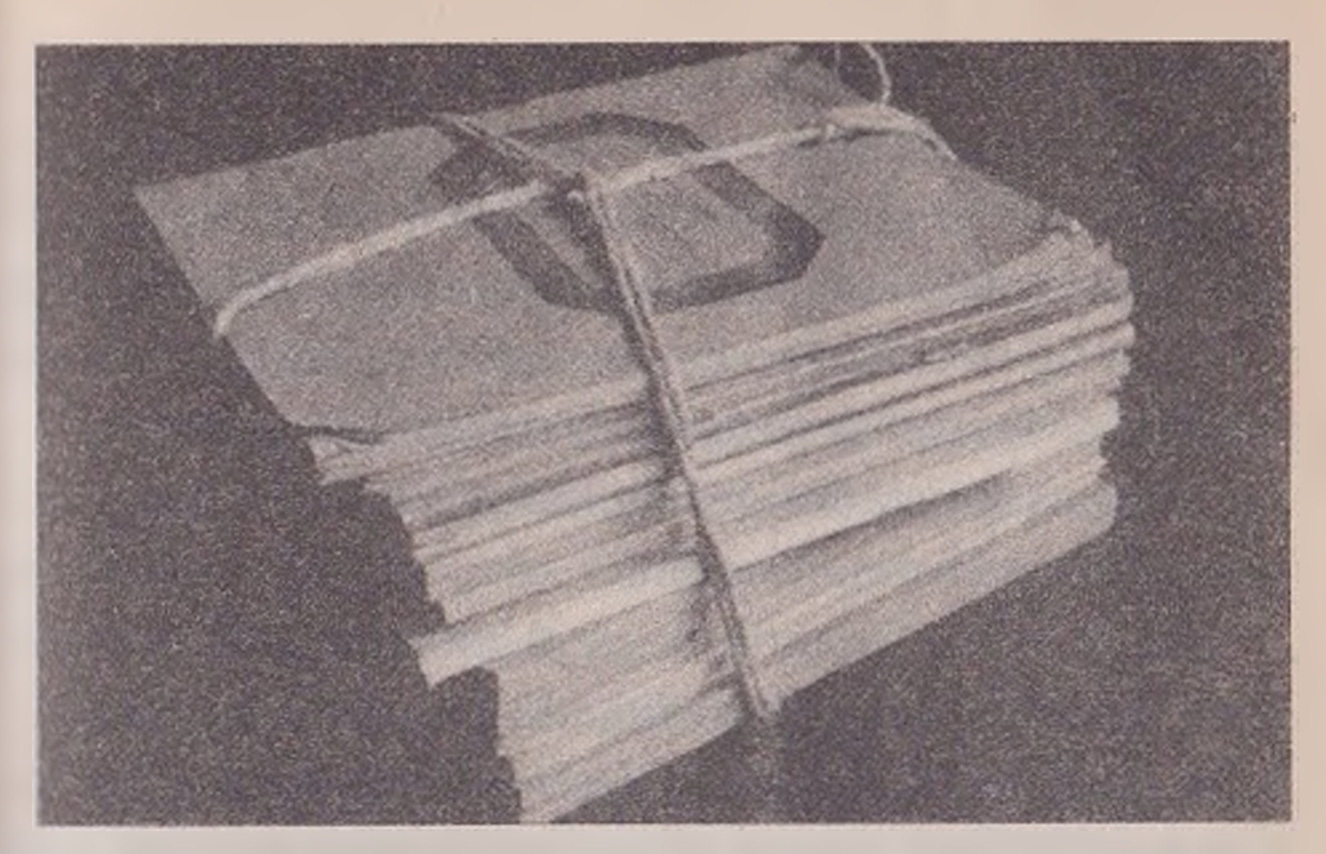
Hemos visto esos cuadernos de colegial, antiquísimos, desteñidos, amarrados como he visto hacer con los sacos vacíos en las bodegas. Pero no están vacíos, contienen los borradores de una de las novelas más importantes escritas en Chile: *Hijo de Ladrón.* Allí están su materiales de trabajo.

El novelista en su taller

¿De dónde sacó esos seres y ambientes que deseaba describir?

No serán desconocidos para el lector de esta biografía. En una de las piezas de la casa de su niñez, frente al alfalfar, en Buenos Aires, vivía un español, Aniceto Hevia, con Carolina, su esposa chilena, y sus hijos: Carolina, Carmen, Natalia, Sara y un muchacho llamado Luis.

Carmen, *"la morena más linda que he conocido en mi vida"*, quería ser actriz. Natalia se conformaba con casarse con un hombre rico. Sara, sin pensar en el porvenir, corría por el patio pisando los pollos nuevos, de cuya muerte acusaba a Manuel, sobre quien caían los



Originales de *Hijo de Ladrón*, tal como los dejó el autor.



El escritorio de su casa, donde trabajó en algunas de sus obras.

coscachos maternos. Con Luis había sido compañero de curso en su primera escuela.

Cierta vez llegó a la casa la policía, y así el niño supo que Hevia era un ladrón nocturno apodado "El Gallego".

Cuando decidió escribir la novela se acordó de esa familia. *"Me serviría de punto de partida y hasta de base."* De muchas amistades de la infancia tuvo noticias después. De los Hevia, ninguna.

Por lo tanto, cuando llegó el momento de "construir" su personaje, convirtió a Luis en Aniceto Hevia niño, mientras *"el Aniceto Hevia adolescente soy yo"*. Cambió las hermanas por cuatro hermanos, *"después me arrepentí de haber puesto tantos, pero ya no podía retirarlos, y me lancé a la pelea..."*

" Durante varios años trabajé, sin darme prisa, en esta novela. Hice tres o cinco copias a mano y a máquina, rehíce, hice, armé y desarmé... Por fin, al final del año 1950, di por terminado el libro."

Un exitoso fracaso

Si antes había escrito cuentos y novelas para concursos, ahora ocurrió al revés. Cuando el libro estaba terminado aparecieron las bases de un concurso nacional de novelas.

Había poco tiempo, pero dos amigas se ofrecieron para copiar el libro: Carla Cordua y Frida Trumper. Por entonces el escritor tenía una casa en El Quisco, donde se instaló a hacer las últimas correcciones, con ayuda de hijos y parientes.

Por fin se entregó la novela, que entonces se llamaba *Tiempo irremediable*. Meses después se publicaron los resultados del concurso. Obra premiada: *Infierno Gris*, de Joaquín Ortega Folch.

El jurado, además de alabar la obra premiada, se refería a otras presentadas. De *Tiempo irremediable* decía que era sólo un proyecto de obra, y la calificaba de procaz, palabra que según el diccionario de la Real Academia significa "desvergonzado, atrevido".

Sin embargo, la novela fue publicada por Nascimento a mediados de 1951, y el influyente crítico Alone (Hernán Díaz Arrieta) publicó más de un artículo celebrándola y preguntándose por qué no había sido premiada. Esto molestó tanto al escritor Carlos Préndez Saldías, miembro del jurado de ese concurso, que retó a duelo al crítico... Afortunadamente no pasó de ser un duelo verbal, en que sólo se derramó tinta y no sangre.

Hay que consignar un hecho: al editor le pareció muy abstracto el título *Tiempo irremediable*. Enrique Espinoza le insinuó uno más concreto: *Hijo de Ladrón*.

A Manuel Rojas, que creía que nada era irremediable, ni siquiera un título, le pareció bien el cambio y así se publicó esta novela que, según Cedomil Goic, "implica un cambio radical de cuanto se había conocido antes en nuestra tradición..."

Traducida a más de ocho idiomas y publicada en Estados Unidos y una docena de países europeos, además de nuestra América, se la considera una de las novelas más importantes escritas en el país.

Aparte del éxito literario, en 1953 Manuel Rojas es designado profesor de la recién creada Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.



Con Enrique Espinoza (derecha), que le sugirió el título *Hijo de Ladrón*.

VIII

1957: EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

Para los estudiantes de entonces, 1957 no es un año cualquiera: asciende al espacio el primer satélite construido por el hombre y desciende a la tierra Gabriela Mistral.

Sin duda la muerte y regreso de la Mistral al país fue la primera tarea de marzo y puso de moda la literatura. Además preparó los ánimos para la próxima, después de las vacaciones de invierno: Manuel Rojas obtiene el Premio Nacional de Literatura.

Alto y fornido, cuando el Ministro de Educación le hace entrega del Premio, su engominada cabellera se ve a la altura de las espesas cejas del escritor.

Sus canas resaltaban la tez morena. No es raro que ejerciera gran atracción sobre las mujeres. Laura González, hija de su gran amigo el escritor José Santos

González Vera, lo recuerda en una fiesta familiar: "Nunca he visto a nadie bailar cueca con tanta intensidad vital y un arte tan auténtico... Algo inclinado y con los brazos abiertos, como un gran pájaro en celo, se cernía sobre su pareja y evolucionaba con una agilidad y una gracia animal..."

Entre la publicación de *Hijo de Ladrón y* la obtención del Premio Nacional de Literatura, Manuel Rojas comienza a viajar al extranjero, especialmente a Estados Unidos, Cuba, Panamá y Puerto Rico.

En los años siguientes lo hará por México, España, Portugal, Inglaterra, Francia, Italia, Unión Soviética.

Se radica un tiempo en Estados Unidos, dando clases en diversas universidades. Es la fama. Y en lo que a nosotros nos importa, es la culminación de una vida.

Regreso a casa

En 1968 se cierra el ciclo de aquel niño que comenzó viviendo sólo con su madre Dorotea y ahora vuelve a vivir sólo con su hija Paz. Y se cierra también el ciclo de aquel huérfano que no cursó más que cuarta o quinta preparatoria en un suburbio sudamericano, y llegó a dictar clases en universidades del país más poderoso del mundo.



1957: El Ministro de Educación le hace entrega del Premio Nacional.

¿Cómo lo había logrado?

— *"Escribiendo sin descanso y leyendo durante días enteros... Salía de la Biblioteca Nacional, después de ocho horas de lectura, en ocasiones sin haber almorzado, con la cabeza a la altura de los focos de la luz."*

Junto a su hija doctora no hace vida de famoso. Es el de siempre. Tan pronto se le ve con lápiz y cuaderno en el escritorio, como con serrucho y martillo en el taller. Siempre encontrará algo que no existía y que es preciso crear: un cuento o un lustrín enorme, a la medida de sus grandes pies.

Hasta el año 1971 aún viaja de vez en cuando al ex-

tranjero. Pero luego su salud se resintió definitivamente.

En octubre de 1972 debió ser operado de cáncer.

Durante la convalecencia, la hija doctora lo acompañaba hasta tarde, oyendo sus planes para el futuro: viajaría.

Viaje final

Una noche pareció más inquieto. Tan inquieto como cuando planeaba una excursión a la montaña y sus "abejorros" se demoraban más de la cuenta en los preparativos.

Entonces decía, y ahora dijo:

— "*¿Qué estamos esperando?*"

(— Usted sí, María Paz, guarda en su corazón las últimas palabras de su padre al morir.)

— "¿Qué estamos esperando?"

Nada. Porque era la hora de partir: la una de la madrugada del 11 de marzo de 1973

Su entierro fue como él quiso: sencillo, sin discursos, con la presencia de escritores y amigos, entre éstos el Presidente de la República.

Sus cenizas han echado raíces

Quiso la casualidad que ese mismo día 11 de marzo de 1973 muriera también otro Premio Nacional de Literatura, Benjamín Subercaseaux.

Los dos pidieron que sus restos fueran cremados, y así se hizo. Subercaseaux, autor de *Y al oeste limita con el mar*, y de *Chile o una loca geografía*, pidió que sus cenizas fueran arrojadas al mar.

Manuel Rojas, autor de *Chile, país vivido* y de *El hombre de la rosa*, quiso que sus cenizas se esparcieran en el jardín de su casa, o en la montañas que recorrió con sus abejorros.

La hija se hizo el propósito de cumplir ese último encargo. Sin apuro, para tenerlo todavía un poco más, en su escritorio. Y de algún modo las cenizas del escritor echaron raíces entre sus libros, y ahí están, hasta hoy.

¿Qué tal si un día los jóvenes toman esas cenizas del autor de *A pie por Chile* y las siembran sobre un gran Parque Nacional futuro que se alce sobre las cenizas de nuestros bosques muertos?

BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL

(SÓLO PRIMERAS EDICIONES.)

Cuentos

1. *Hombres del Sur.* Editorial Nascimento, Santiago, 1926.
2. *El delincuente.* Sociedad Chilena de Ediciones, Santiago, 1929.
3. *Travesía.* Novelas breves. Editorial Nascimento, Santiago, 1934.
4. *El bonete maulino.* Cruz del Sur, Santiago, 1943.

—Antología de cuentos. Editorial Zig-Zag, 1957.

Poesía

1. *Tonada del transeúnte.* Editorial Nascimento, 1927.
2. *Deshecha rosa,* Babel, Santiago, 1954.

Novelas

1. *Lanchas en la Bahía.* Empresa Letras, Santiago, 1932.
2. *La ciudad de los Césares.* Ediciones Ercilla, 1936.
3. *Hijo de Ladrón.* Editorial Nascimento, 1951.
4. *Mejor que el vino.* Editorial Zig-Zag, 1958.
5. *Punta de rieles.* Editorial Zig-Zag, 1960.
6. *Sombras contra el muro.* Editorial Zig-Zag, 1964.
7. *La oscura vida radiante.* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1971.

Memorias y ensayos

1. *Imágenes de infancia.* Babel, Santiago, 1955.
2. *Antología autobiográfica.* Empresa Editora Ercilla, 1962.
3. *Imágenes de Infancia y Adolescencia.* Zig-Zag, 1983.
4. *El árbol siempre verde.* Zig-Zag, 1960.
5. *Manual de literatura chilena.* Universidad Autónoma de México, 1964.

— *Historia breve de la Literatura chilena.* Zig-Zag, 1965. (edición chilena del libro anterior)

Nota. Todas las obras de Manuel Rojas son publicadas en la actualidad por Editorial Zig-Zag.

ACERCA DEL AUTOR

Floridor Pérez Lavín nació en Yates, comuna de Cochamó, X Región, el 12 de octubre de 1937.

Desde 1983 hasta 1988 fue redactor de *Revista Apuntes*, y desde entonces lo es de *Tareas Escolares Zig-Zag*.

En el campo de la literatura infantil, es autor, entre otros, de *Cielografía de Chile, poesía para niños también* y *Cuentos de siempre para niños de hoy* (Colección Delfín de Color), Zig-Zag, 1993.

Ha publicado una veintena de obras complementarias de la educación, entre las cuales destacan su versificación moderna del *Poema del Mío Cid*, las biografías *Gabriela Mistral, una lección por aprender* y *Francisco Coloane, biografía de una leyenda*, y su reciente *Diccionario ortográfico de dudas de la lengua* (Editorial Universitaria, 1994).

Grandes figuras de nuestra Historia

- Manuel Rodríguez
  por Ana María Larraín
- Manuel Rojas
  por Floridor Pérez
- Diego Portales
  por Juan Jorge Faundes
- Vicente Pérez Rosales
  por Jaime Quezada
- Diego de Almagro
  por Juan Jorge Faundes
- Rebeca Matte
  por Ana María Larraín
- José Manuel Balmaceda
  por Cecilia García Huidobro
- Benjamín Vicuña Mackenna
  por Jaime Quezada
- Pablo Neruda
  por Floridor Pérez
- Arturo Alessandri Palma
  por Francisca Alessandri



Un aporte cultural de Zig-Zag y Megavisión